

Pío Moa

EUROPA

Una introducción a su historia

Índice

<i>Prefacio. ¿Qué es Europa?</i>	13
--	----

PRIMERA PARTE. EDAD DE FORMACIÓN

1. LA GUERRA QUE FUNDÓ EUROPA	29
2. EL IMPERIO ROMANO Y SU CULTURA	42
3. EL CRISTIANISMO	55
4. LA ESPANTOSA REVOLUCIÓN	69

SEGUNDA PARTE. EDAD DE SUPERVIVENCIA

5. REINOS GERMÁNICOS Y MONASTERIOS	79
6. SEGUNDA OLEADA DE INVASIONES. EL ISLAM CORTA EL MEDITERRÁNEO	90
7. CARLOMAGNO. INVASIONES VIKINGAS Y NUEVA BARBARIE. <i>ORADORES, BELLADORES, LABORADORES</i>	98

TERCERA PARTE. EDAD DE ESTABILIZACIÓN

8. PRIMERA GRAN DIVISIÓN DE LA CRISTIANDAD. TRES EUROPAS EN TORNO AL AÑO 1000	113
9. LA ÉPOCA DEL ROMÁNICO. «REVOLUCIÓN PAPAL», GREGORIO VII, CATEDRALES Y UNIVERSIDADES	122

10. CRUZADAS, ALMOHADES, ÓRDENES MILITARES Y MONGOLES	132
11. LA ERA DEL GÓTICO. FRANCISCANOS Y DOMINICOS	145
12. LAS GRANDES CATÁSTROFES Y NOVEDADES DEL SIGLO XIV ...	154
13. CISMA DE OCCIDENTE Y NUEVAS IDEAS TEOLÓGICO-POLÍTICAS	165
14. HUMANISMO Y RENACIMIENTO EN EL SIGLO XV. LA IMPRENTA	174
15. FIN DEL CISMA, CAÍDA DE CONSTANTINOPLA, REYES CATÓLICOS	182

CUARTA PARTE. EDAD DE EXPANSIÓN

16. LA ERA DE LOS DESCUBRIMIENTOS	197
17. GUERRA, COMERCIO Y DERECHO INTERNACIONAL	207
18. APOGEO DEL RENACIMIENTO. LUTERO REVOLUCIONA MEDIA EUROPA	217
19. TURCOS, PROTESTANTES Y MONARCAS RENACENTISTAS	227
20. IVÁN IV <i>EL TERRIBLE</i> Y EL ORIGEN DIVINO DEL PODER	237
21. DEL GRAN SIGLO DE ESPAÑA AL GRAN SIGLO DE FRANCIA ...	246
22. SIGLOS DE ORO	260
23. EL PENSAMIENTO CIENTÍFICO	271
24. NUEVO ORDEN EUROPEO Y DESPOTISMO ILUSTRADO	284
25. REVOLUCIÓN INDUSTRIAL E ILUSTRACIÓN	298

QUINTA PARTE. EDAD DE APOGEO

26. REVOLUCIÓN AMERICANA Y REVOLUCIÓN FRANCESA	315
27. DE LA RELIGIÓN DIVINAL A LA RELIGIÓN PROMETEICA	326
28. GUERRAS NAPOLEÓNICAS Y CAÍDA DEL IMPERIO ESPAÑOL	341
29. HEGEMONÍA INGLESA Y RESURGIMIENTO ALEMÁN	355
30. LAS AVENTURAS DE LA RAZÓN (I). LIBERALISMO Y MARXISMO EN EL SIGLO LIBERAL	367

31. LAS AVENTURAS DE LA RAZÓN (II). DARWIN, NIETZSCHE, PÍO IX, DONOSO	378
32. EL HOMBRE, DIVINIDAD PRECARIA	388
33. LA CÁIDA DE LA FE EN EL HOMBRE	398
34. EL SIGLO DE LA DEMOCRACIA	405
35. DE LA <i>BELLE ÉPOQUE</i> A LOS LOCOS AÑOS VEINTE, PASANDO POR UNA GUERRA MUNDIAL	415
36. LOS AÑOS TREINTA, LA II GUERRA MUNDIAL Y LA PAZ PERPETUA	428

SEXTA PARTE. EDAD DE DECADENCIA

37. EUROPA TRAS LA GUERRA DE LAS TRES IDEOLOGÍAS	443
38. DOS HECHOS HISTÓRICOS IMPREVISIBLES: COLAPSO DE LA URSS Y RESURGIR ISLÁMICO	456
<i>Conclusiones</i>	465
<i>Índice onomástico</i>	471

Prefacio

¿QUÉ ES EUROPA?

La historia se nos presenta algo así como un inmenso puente de comienzo y fundamento inciertos, que va construyéndose con las vidas de una miríada de personas y avanza en el vacío en dirección imposible de conocer. En otro plano, y aunque no conviene llevar demasiado lejos las analogías, existe cierta semejanza entre la historia y el clima. En los dos encontramos días apacibles y otros de temporales furiosos, imprevisibles salvo cuando están próximos, y a veces ni siquiera. Ello ocurre también con la vida de las personas. Además la vida humana, entrada en la esfera de la moral tras haber probado el fruto del árbol prohibido, recuerda a la alternancia irregular de días lluviosos y soleados, la transformación de unos en otros, como ocurre con el bien y el mal. Los primeros son molestos y tristonos, con un efecto deprimente sobre el ánimo, mientras que el sol alegra y estimula; y sin embargo, tanto el tiempo despejado como el lluvioso son necesarios para la vida; y si uno u otro duran demasiado, la vida sufre y puede llegar a extinguirse. Por lo demás, la influencia del clima en la historia no ofrece dudas: como se ha observado muchas veces, las civilizaciones han nacido en latitudes de climas poco extremos, formando una especie de cinturón en Eurasia desde China a la Península Ibérica; o, en América, en las tierras altas de Méjico y Perú, libres de los calores excesivos del entorno. Otra cosa es que el desarrollo técnico asociado a la civilización haya permitido expandir esta por zonas menos propicias. En cuanto a Europa, especialmente la mediterránea, corresponde al llamado «paralelo de las civilizaciones», ni demasiado frío ni demasiado cálido y con lluvias suficientes. En fin, las civilizaciones han ido formándose en el actual período interglacial y no antes.

Físicamente Europa es una continuación de Asia, pero siempre se la ha tenido por continente aparte, haciendo de los Urales, el lago Caspio, el Cáucaso y el mar Negro barreras significativas, aun si nada insuperables para los humanos de cualquier época. Puede describirse como un continente con una costa más recortada que cualquier otro, con varias grandes penínsulas bastante montañosas (Escandinava, Ibérica, Itálica y Balcánica), algunas grandes islas, como las Británicas y otras del Mediterráneo, mientras por el centro se extiende una vasta llanura que continúa por Siberia una vez salvados los Urales. Los climas varían desde el suave del Mediterráneo al continental extremado del centro y norte de Rusia. La mayor parte es bastante lluviosa y por tanto verde, mientras en el sur abundan los secarrales, con trozos menores de auténtico desierto.

Con todo ello, los rasgos físicos no difieren especialmente de otros continentes. La verdadera diferenciación es más bien de orden cultural: siguiendo el esquema de *Nueva historia de España*, aquí hablamos de Europa como civilización particular cuya historia se ha originado hace algo más de dos milenios.

Debo aclarar en qué sentido empleo los conceptos de cultura y civilización, ya que han recibido significados diversos. Una diferenciación bastante seguida desde Spengler entiende por civilización la decadencia o esclerosis de la cultura. Aquí llamo cultura al conjunto de creencias y ritos, organización social, costumbres, técnica, arte, saberes, etc., que constituyen la sustancia de toda sociedad humana: cultura y sociedad son sinónimos. La cultura, nunca estática, cambia lenta o rápidamente, decae, se fortalece o se hunde por agentes externos o por disgregación interna. El individuo perecería si no viviese en sociedad, pero a su vez la vida social genera constantes conflictos, con frecuencia violentos, de intereses, sentimientos, deseos, etc., debido a la individuación humana, incomparablemente más acentuada que en los animales. Así la sociedad, siendo indispensable para la supervivencia de sus miembros, es a la vez un avispero de choques entre personas y grupos; es conflictiva por naturaleza, internamente y con otras culturas, pues la variedad cultural caracteriza también a la humanidad. La historia viene a ser el relato de tales avatares, entre los que hallamos creaciones, acumulaciones, estancamientos, transmisiones y aniquilaciones.

Entiendo aquí por civilizaciones formas complejas de cultura que empiezan hace solo unos 6.000 años en puntos aislados de Oriente Próximo (valle del Nilo y Mesopotamia). Todas las civilizaciones son culturas, pero la mayoría de las culturas no son civilizaciones. La civilización se alzó sobre culturas agrarias del Neolítico (agricultura, cerámica, artesanía, metales), mediante la especialización de la religión, del poder (formación del Estado) y la milicia, la urbanización (*civilización* tiene que ver con *ciudad*), comercio desarrollado, escritura... Esta última permitió acumular y transmitir la memoria, acelerando la evolución cultural. La civilización estimula la alta cultura (religión, técnica, ciencia, arte...) y la diferenciación social entre élites u oligarquías más cultas y poderosas, capas intermedias y masas más atrasadas, dedicadas en general a los trabajos manuales, en muchos casos en condiciones de esclavitud o privación de derechos. El Estado, garante del orden y estabilidad social, es tanto protector como opresivo, a menudo despótico y objeto de discordias entre las oligarquías o de revueltas o revoluciones capaces de dar al traste con la civilización misma.

La historia es la de las civilizaciones, porque de ellas ha quedado constancia escrita. A lo largo de milenios nacieron y murieron culturas, ocurrieron migraciones de gran alcance, guerras, invasiones, comercio, descubrimientos prácticos, arte, personajes notables como líderes y artistas, etc.; pero de todo ello tenemos solo conocimientos precarios proporcionados por la arqueología, la lingüística o la genética o, para los más recientes, los comentarios no siempre fiables de las civilizaciones coetáneas, tan a menudo sus enemigas. Las luchas entre culturas primarias y civilizaciones, que a veces han arrasado a estas últimas, pueden considerarse terminadas entre los siglos XIX y XX, cuando las civilizaciones, en particular la europea, se han impuesto por completo y erradicado o arrinconado en casi todo el mundo a las culturas primitivas. Y no han escaseado los choques bélicos, comerciales, etc., entre civilizaciones, o entre naciones y grupos diversos dentro de una misma civilización.

Muchas civilizaciones han nacido y colapsado, a veces por causas externas, a veces internas. Estudiosos como Danilevski, Spengler o Toynbee han dedicado atención al fenómeno, sin que sus distintas teorías logren explicarlo. De entre las civilizaciones conocidas, ninguna como

la europea ha experimentado un dinamismo tan intenso en cuanto a pensamiento, arte, economía, capacidad técnica, expansión transoceánica y otros rasgos. Tan excepcional dinamismo caracteriza, de entrada, a esta civilización, la cual ha engendrado subcivilizaciones nacionales o supranacionales, como la hispánica, la anglosajona, la francesa, la alemana o la rusa. La civilización europea abarca el ámbito convencionalmente llamado Occidente, pero la propiamente europea se halla en decadencia desde 1945, y sus «hijas» de América del Norte y del Sur podrían originar nuevas civilizaciones. La china, y más confusamente la india, permanecen mejor o peor desde hace unos 4.000 años, adaptando la técnica y aspectos del pensamiento europeo; y la islámica muestra un llamativo ímpetu beligerante tras siglos de estancamiento.*

* * *

Pese a lo dicho, cabría cuestionar la existencia real de una civilización europea: siendo hoy Europa, después de Oceanía, el continente de menor extensión y con menos población (unos 10 millones de km² para 750 millones de habitantes, comparado con los 44 y 4.200 respectivamente de Asia, los 30 y 1.100 de África o los 42 y casi 1.000 de América), es también el más diversificado relativamente en naciones y estados (46) y en culturas nacionales. Encontramos estados tan mínimos como el Vaticano, con menos de medio kilómetro cuadrado (que ejerce sin embargo influencia mundial) y otros tan vastos como Rusia, que ocupa casi un 40 por ciento del continente. Y diferencias demográficas no menores, entre los 15-27 habitantes por km² de los países escandinavos y Rusia hasta los más de 400 o 370 de Holanda y Bélgica.

La lengua, factor cultural de primer orden, tampoco ofrece la menor homogeneidad, salvo por una remota raíz indoeuropea. Las principales se hallan diversificadas en tres grandes familias: eslava, germánica y latina, que por sí solas suponen el 95 por ciento de la población total,

* Unas consideraciones más amplias sobre estas cuestiones, la importancia de la economía o la naturaleza y evolución del poder político, o las concepciones marxistas, que, más o menos modificadas, mantienen una influencia muy extendida en ámbitos académicos, en *Nueva historia de España*, pp. 17 y ss.

con ramas menores como la céltica o la griega, y algunas no indoeuropeas y poco habladas, como el finés, el húngaro u otras aún más minoritarias y con escasa literatura, como el vascuence o el lapón. Dichas tres ramas son ininteligibles entre sí, y cada una de ellas se diversifica en lenguas y dialectos a su vez poco o nada comprensibles entre ellos sin estudio. Hay además tres alfabetos, griego, cirílico y latino, con predominio de este último. La lengua con más hablantes nativos es el ruso, más de 160 millones, seguida del alemán, con 90, el francés, inglés e italiano, con unos 65 cada uno, el español el polaco y el ucraniano con más de 40 cada cual. No obstante las lenguas europeas con mayor número de hablantes nativos son el español y el inglés, fuera de Europa la mayoría de ellos.

Esta gran variedad lingüística, hace que la gran mayoría de los habitantes de una nación no puedan entenderse con los de la vecina, aunque hoy tienda a emplearse un inglés elemental en muchos casos. Los ámbitos lingüísticos van más allá, marcando cada uno de ellos peculiaridades étnicas y de otro tipo. Las diferencias lingüísticas se extienden a la literatura, asimismo muy variada en estilos, tonos y temas según los países, o el arte en general, la arquitectura popular, la canción, la culinaria, etc. Inglaterra, España, en menor medida Francia, Portugal o Rusia, han creado vastos ámbitos culturales propios, especie de subcivilizaciones, fuera de Europa.

La desigualdad lingüística se acompaña de otra en el aspecto físico, que varía notablemente entre la población germánica, la latina y la eslava, aun con bastante mezcla entre ellas. Esta diversidad interna no impide que la población europea difiera físicamente más aún de la africana o la asiática, tomadas en conjunto.

Permanecen asimismo fuertes diferencias económicas, particularmente entre el este europeo, por lo común más pobre que el centro y el oeste, o entre las economías nórdicas y las mediterráneas. Hay países intensamente industrializados y otros mucho menos o más agrarios o con mayor peso de los servicios; y las variaciones en estructura económica, política fiscal o constituciones políticas son también muy significativas, así como el peso de tales o cuales partidos, aunque se han creado internacionales de una u otra tendencia, tampoco demasiado homogéneas...

La historia interna europea ha distado de ser armoniosa y tranquila. Las guerras entre sus países han menudeado siglo tras siglo, algunas tan devastadoras como la de los Treinta Años en el xvii, o las dos mundiales del xx. Estas dos últimas señalan la decadencia de Europa. Como efecto de las guerras, las fronteras han cambiado muy a menudo, hasta nuestros días. España es uno de los países con fronteras más estables en el tiempo, pero la mayoría han sufrido rectificaciones notables aún en pleno siglo xx. Así Francia, Alemania, Rusia, Reino Unido, Suecia, Polonia y las demás naciones del centro-este, Grecia... Los golpes, revoluciones y guerras civiles han menudeado, y de la disgregación de los imperios han brotado nuevos estados; uno, Yugoslavia, ha sufrido una sangrienta desintegración en tiempos muy recientes.

* * *

¿En qué sentido cabe hablar, entonces, de civilización europea? Existe, por lo pronto, un evidente factor común de la mayor relevancia: todos sus países se han considerado a sí mismos cristianos, y durante siglos se los podría definir como «la cristiandad». Aun así, el cristianismo está dividido en tres ramas principales, la católica, la ortodoxa y la protestante. Curiosamente, cada una de ellas destaca en alguno de los tres grandes ámbitos étnico-lingüísticos: el catolicismo en la parte latina, la rama ortodoxa en la eslava y la protestante en la germana. Claro está que con numerosas excepciones: gran parte del ámbito germánico, Irlanda y países importantes eslavos como Polonia o Croacia permanecieron católicos; y la ortodoxia abarca a Grecia o a la latina Rumania. En cambio el protestantismo apenas ha salido de países germánicos.

Pero aun con tales divisiones persiste el cristianismo como raíz cultural común, salvo regiones menores de tradición islámica e inmigrantes de esa religión u otras, hoy en auge. Es más, si algún factor ha moldeado en profundidad la historia y cultura europeas ha sido el cristianismo, de donde se ha expandido a América, Oceanía y parte de África, en menor medida a Asia. No obstante, desde el siglo xviii han cobrado empuje ideologías críticas o anticristianas: liberales y revolucionarias, marxismo, laicismo o cientifismo radicales... Tales ideologías tie-

nen rasgos propios de religión, como una concepción del mundo y de la vida y una moralidad derivada, por lo que cabría entenderlas como religiones sustitutivas: de hecho han desplazado parcialmente al cristianismo, y hoy un alto porcentaje de europeos, variable según países, se declara agnóstico, ateo o indiferente.

Ha sido muy fuerte en la historiografía la tendencia a omitir la religión como un elemento no ya crucial sino simplemente importante en el devenir humano. La mayoría de los estudios deja clara o sobrentendida la idea marxista, y no solo marxista, de que es la economía la que da contenido y sentido a la historia, constituyendo la religión una superestructura fantástica, innecesaria y de algún modo parasitaria, que solo merece examinarse, a su vez, desde una perspectiva económica o política. A esa concepción cabe oponer la presencia universal de la religión en las culturas y el valor que estas le han dado siempre, un hecho que no puede ser trivial o despreciable y que los enfoques economicistas u otros llamados materialistas dejan sin explicar.

El hombre se caracteriza por la consciencia del mundo y de sí mismo. A su consciencia se le plantean dos grandes tipos de problemas que aborda la filosofía: los llamados metafísicos, referidos a la razón de ser y sentido del mundo y de su propia vida, y los digamos pragmáticos, es decir, políticos, técnicos, científicos... que le presenta la necesidad de vivir en el mundo y adoptar una actitud fructífera o satisfactoria ante él. La gran mayoría percibe estos problemas de modo difuso y confuso, porque sus energías están absorbidas por los mil problemas y afanes cotidianos; pero aun así los percibe, sobre todo en ocasiones típicas, como algún grave fracaso o enfermedad, o la contemplación del cielo estrellado...Y los perciben con más claridad y agudeza algunas minorías, generalmente más liberadas de esos afanes, y que han dado forma a las religiones, filosofías e ideologías. Por otra parte, en la historia observamos una alternancia entre períodos más metafísicos y más pragmáticos, por emplear esos términos. Alternancia visible entre la Grecia clásica y el helenismo, o entre la escolástica y el llamado Renacimiento, por ejemplo.

Dicho de otro modo: el hombre percibe que todos sus afanes acaban derrotados por la muerte; que su vida está condicionada por azares

ajenos a su consciencia y voluntad; que no logra orientarse del todo en el laberinto de sus propios deseos —a menudo contradictorios— y del conflicto con los deseos de otros; que ni siquiera está en el mundo por su designio o intención; que tan percedera y ajena a su voluntad como su existencia particular es la existencia de la especie y del mundo que le cobija y le hostiga a un tiempo. De ahí una profunda angustia capaz de bloquear la psique. No es ilógica la intuición de unas fuerzas o voluntades misteriosas (espíritus, divinidades) por encima de su vida y del propio mundo. Esa intuición, profunda y oscura, provoca en la psique un doble e intenso sentimiento de adoración y de terror, origen de mitos, ritos para hacer propicios a los dioses, arte, razonamiento... en fin, la cultura propiamente dicha.

En ese sentimiento profundo debe radicar el fondo común a la religiosidad en todas las culturas, por muy variadas que sean sus manifestaciones. Las divinidades dan orden y sentido a la vida por encima de la insuficiencia de nuestra mente para comprenderlo, y la religión cumple así un doble papel: calma —nunca del todo— la angustia esencial y paralizante propia de la condición humana, ofreciéndole consuelo por sus carencias, sufrimientos, errores y muerte forzosa, liberando así las energías psíquicas necesarias para afrontar las exigencias de la vida y la conservación individual y como especie.

Sostengo, pues, que la religión no procede del simple miedo o de ilusiones vanas, sino de la intuición, más o menos clara, de la fuerza o voluntad (así conceptuada por analogía con las capacidades humanas), misteriosa pero necesaria, subyacente a las caóticas, variadísimas y percederas apariencias de la vida y del mundo. Y que de esa intuición derivan a su vez las manifestaciones históricas y culturales de la vida humana.

Por otra parte, las leyes y costumbres reguladoras de los conflictos sociales que condicionan y frustran a los individuos, no podrían mantenerse sin inspirarse en unos valores generales cuyo fondo último es religioso, por encima de convenciones, intereses o deseos particulares. En Europa ha solido oponerse la razón a la religión; pero no solo el poder de la razón es limitado, sino que, como los demás rasgos humanos, aparece como un «don», como algo «otorgado», que no procede de la vo-

luntad o decisión de ningún ser humano o conjunto de ellos y remite por tanto a algún *designio* no humano.

Así, la religión debería entenderse, no como un factor secundario en la historia humana, sino central y generador. En la cultura griega, por poner un caso, salta a la vista la proyección de sus mitos en su literatura y demás artes. En cambio la ciencia, la técnica, la economía o el pensamiento parecen haber crecido al margen o contra la religión. ¿Es verdad? La ciencia exige personas liberadas en buena medida de los trabajos y afanes de la supervivencia, y que tengan, además, interés en la observación de los astros y las propiedades de las cosas. Ese interés parte claramente de creencias religiosas. Desde la antigüedad, los templos fueron a menudo observatorios, centros médicos, bibliotecas... Es muy probable que en ellos nacieran la escritura, técnicas agrícolas, calendarios, etc. También eran centros económicos y comerciales, que exigían contabilidad y otras pericias; y condicionaban el pensamiento político, en estrecha relación con él. Claro que la ciencia y el pensamiento europeos, a partir de la Ilustración, atacaron al cristianismo en amplia aunque no total medida; pero las grandes cuestiones siguen pesando en la mente humana, y probablemente el abandono de una fe exige otra sustitutoria. Se afirma, así, que el marxismo es o funciona como una religión, y lo mismo cabe decir, presumiblemente, de las demás ideologías del presente, asunto que abordaremos más adelante. Como este enfoque es hoy poco corriente, me permitiré cierta reiteración al respecto.

La vida social se compone de tensiones, entendiendo por ellas relaciones a un tiempo hostiles y complementarias. La propia vida individual puede interpretarse como una continua tensión entre deseos contradictorios y entre estos y la realidad exterior. Las tensiones pueden llegar a la lucha abierta, pero en condiciones normales generan equilibrios, nunca plenamente estables ni satisfactorios, pero a menudo productivos. En el catolicismo es fácil detectar la tensión entre razón y fe, derivada de su doble componente, el religioso heredado del judaísmo y el filosófico grecolatino. Tensión emparentada con la que ha venido oponiendo/complementando al poder religioso y al político, a Dios y al César. El poder religioso estuvo y está centralizado en Roma, frente a las soberanías políticas dispersas en estados nacionales o imperiales. En

otras culturas, esa separación, causante de conflictos a veces bélicos, está ausente o es más débil, y ha generado en la europea un concepto de la libertad más agudo. Donde triunfó el protestantismo, el poder espiritual se disgregó en muchas tendencias particulares, sin sede común, mientras que el cristianismo oriental siempre estuvo mucho más próximo y mediatizado por el poder político que el catolicismo. Percibimos en la historia otras tensiones creativas o destructivas, como la que se da entre civilización y barbarie, entre concentración y disgregación del poder, entre grupos o clases sociales...

Junto con el cristianismo, y a través de él, la cultura europea ha adoptado gran parte del legado grecolatino y, menos generalizadamente, el derecho romano. Y muy especialmente el pensamiento: Europa puede definirse también como la cultura de la filosofía, no porque otras civilizaciones carezcan de ella, sino porque en ninguna, salvo la griega, ha alcanzado influjo, desarrollo y diversificación comparables. Cabe encontrar la causa de este hecho en la fuerte tensión entre razón y fe, al parecer exclusiva del cristianismo, por su triple origen en Jerusalén, Atenas y Roma.

Como fruto de esa herencia, Europa ha destacado, en conjunto, por su productividad cultural en el pensamiento, la ciencia, la técnica y las artes —con más intensidad en unos países que en otros—, superando en todo ello a cualquier otra civilización, aun recordando los altos niveles logrados por algunas como la china, la india o en su mejor época la islámica. Desde la pintura o la música a la filosofía, desde las matemáticas a la literatura, la ciencia y la técnica o el pensamiento político, en ningún otro continente se ha producido una eclosión tan sostenida de alta cultura, a través de sucesivos movimientos que han abarcado, si no a todos sus países, a algunos que han marcado con su impronta al conjunto: así el románico, el gótico, el Renacimiento, el barroco, la Ilustración, el romanticismo, el liberalismo, el capitalismo, el marxismo, los fascismos, etc. La democracia liberal, en cambio, ha llegado a Europa desde fuera, desde Usa, si bien esta fue engendrada a su vez por el pensamiento político europeo.

Cabe hablar, por tanto, de una civilización europea, quizá la más diversificada internamente hasta hoy en naciones, sistemas políticos y

culturas o subcivilizaciones; en esa diversidad radica una causa de su riqueza y dinamismo.

* * *

Al entrar en la historia europea conviene reconsiderar la clásica división en Antigua, Media, Moderna y Contemporánea, debida, hasta la Moderna, al historiador alemán Cellarius. Aparte de su absurdo, esa nomenclatura implica dos abusos: su aplicación frecuente a civilizaciones y países no europeos, con reducción de importantísimas civilizaciones, cada una con su particular desarrollo, a la categoría de «Antigüedad»; y la pretensión de explicar la historia como etapas o escalones previos hasta alcanzar su plenitud en el siglo xvii-xviii. El calificativo de «Media» al milenio entre el siglo v y el xv resulta ofensivo, ya que lo priva de carácter propio, reduciéndolo a un mero período preparatorio para la «modernidad»; aun así, fue preciso dividir el milenio en dos partes: Alta y Baja edad Media. Luego, la supuesta plenitud moderna de los tiempos originó situaciones inesperadas y violentas, y debió establecerse una edad posterior, la «Contemporánea», como si todas las anteriores no lo fueran de quienes las vivieron. Y todas son «medias», pues se encuentran entre una anterior y otra posterior.

Frente a estas distorsiones, propuse en *Nueva historia de España* otra nomenclatura, admitiendo grosso modo las fechas de cambio de una edad a otra: edades de Formación, Supervivencia, Estabilización, Expansión, Apogeo y Decadencia. La Edad Antigua sería la de Formación, que abarca el Imperio romano, porque través de él se consolidó el cristianismo y se transmitió el pensamiento griego y latino. Esa herencia estuvo al borde de la destrucción por dos oleadas de invasiones: la primera, germánica, arrasó el Imperio romano occidental y la segunda estuvo próxima a aniquilar la civilización propiamente europea que sobre la ruinas de Roma fue edificando el cristianismo. Esta última oleada unió las devastaciones vikingas desde el norte con los asaltos islámicos desde el sur y el este, y los magiares por el centro. Esta edad, correspondiente más o menos a la Alta Edad Media, podría llamársele de Supervivencia, como también «de las invasiones» o «de los monasterios», ya que estos

desempeñaron un papel decisivo en el sostenimiento del legado cristiano-clásico.

Desde el siglo XI, la civilización europea no solo toma una forma definida, sino que se asienta y es capaz de alguna contraofensiva como las Cruzadas, de transcendencia histórica pese a su fracaso. Fue esta la Edad de Asentamiento o de Estabilización, cuyas instituciones más visibles son las catedrales, las universidades y el pensamiento escolástico, con amplios movimientos de cultura como el románico, el gótico y un primer Renacimiento. Las sociedades europeas se afianzan lo bastante para superar catástrofes casi apocalípticas como la Peste Negra, una peligrosísima invasión mongola o la invasión turca de la Europa suroriental culminada en la caída de Constantinopla, capital del Imperio Romano de Oriente o bizantino, que había subsistido un millar de años después del derrumbe del Imperio Romano de Occidente.

El descubrimiento de América señalaría el paso a una Edad de Expansión (equivalente a la Moderna), a partir de España y Portugal sobre todo, en que la cultura europea y la religión católica se extenderían a otros continentes. El hecho tiene transcendencia difícil de exagerar, pues por primera vez en la historia los continentes habitados y sus civilizaciones y culturas, hasta entonces con escasas o nulas relaciones entre sí, son puestos en comunicación. A partir de ahí las interinfluencias crecerían, señalando una nueva época en la historia humana, no solo la europea; pero el elemento activo y decisivo serán las expediciones navales y conquistas europeas, que crean imperios transoceánicos, también por primera vez. La Edad de Expansión presencia asimismo renovados impulsos invasores islámicos por parte del Imperio otomano, a través del Mediterráneo y hacia el centro de Europa; y simultáneamente la escisión protestante, un efecto de la cual serían largos períodos de guerras civiles en la cristiandad. El desarrollo del espíritu científico, el Renacimiento y el barroco caracterizarán asimismo la época.

La etapa concluiría en un período indefinido que abarcaría la Revolución Industrial a partir de Inglaterra, la independencia de Usa y la Revolución Francesa. Esta nueva edad señala el apogeo de Europa (de sus países más avanzados), cuyo poderío científico y técnico descuella de tal modo sobre el resto del mundo que se vuelve incontrastable para

cualquier otra potencia o civilización. La nueva época lleva a su cenit las tendencias originadas en la anterior: casi toda América termina de ser colonizada, y lo mismo ocurrirá con África y grandes regiones de Asia. Puede decirse que entonces Europa (algunas de sus potencias) domina al mundo, bien directamente mediante colonias, bien de forma indirecta, por el comercio y la presión política. Esta edad podría definirse como de Apogeo. Y no solo la ciencia o la técnica, también el pensamiento y las artes experimentan un fuerte impulso en la Ilustración, el Romanticismo y las ideologías que aspiran a sustituir a la religión y en parte lo consiguen. Se corresponde con la llamada Edad Contemporánea, con el liberalismo, la democracia y las ideologías totalitarias.

Finalmente, la terminación de la II Guerra Mundial señala un evidente declive de Europa en el plano político y militar, cuando queda dividida en dos zonas de influencia, useña y soviética, pierde casi todas sus colonias y sufre un decaimiento profundo no solo política, militar y económicamente (aunque su economía llegaría a recobrase), sino en todos los planos creativos del pensamiento, las artes y los movimientos sociales. Europa entra en su Edad de Decadencia, que no sabemos si proseguirá, acentuándose, o dará paso a un nuevo renacimiento, que hoy por hoy no se vislumbra.

Creo que esta división por edades podría resultar más útil y descriptiva que la tradicional, ambigua y demasiado arbitraria.

* * *

Este libro está compuesto en gran medida sobre otro anterior, *Nueva historia de España*, al que desarrolla en su parte referida a lo extrahispano. Debe entenderse como su título indica: una introducción y una síntesis, en la que inevitablemente ha sido preciso sacrificar un material inmenso, buscando siempre el hilo principal. Para hacerlo más inteligible he procurado dar prioridad a la explicación de los hechos y tendencias sobre los nombres propios, reduciendo estos a muchos que he creído más representativos.

Primera parte
EDAD DE FORMACIÓN

LA GUERRA QUE FUNDÓ EUROPA

Aunque siempre hay cierta arbitrariedad en fijar el comienzo de una Edad histórica, creo que el de la civilización europea puede establecerse con cierta precisión en la II Guerra Púnica, librada entre 218 y 201 a. C. Su consecuencia inmediata fue el asentamiento de Roma como potencia indiscutible en el Mediterráneo y el comienzo de su expansión en torno a dicho mar y más allá. Si la guerra hubiera terminado con el triunfo de su rival Cartago y el aniquilamiento de Roma, parece claro que la historia posterior del Mediterráneo y del resto del continente habría sido muy otra. Por su inmensa transcendencia, esta guerra merece atención especial.

El Mediterráneo ha sido en los tres últimos milenios largos escenario de una historia intensísima y dramática, de culturas y civilizaciones, con intercambios y enconadas luchas entre ellas. Para la tradición occidental, su historia comienza con la Guerra de Troya, inmortalizada por Homero; y un momento de brillo excepcional fue la Grecia clásica, fuente de gran parte de la misma civilización europea. Más que propiamente europeas, Grecia y Roma son culturas mediterráneas, expandidas por las partes asiática y africana del mar, mientras que la Europa al norte la ocupaban tribus bárbaras: célticas, germanas y otras. Pero sin el Imperio romano, la civilización europea quizá no habría llegado a existir o sería muy distinta de la que conocemos, pues esta se forjó sobre la cultura llamada clásica —*modélica*— o grecolatina, haciendo suyo el legado latino y, a través de él, el griego, proceso que se desarrollaría por medio del cristianismo cuando la Roma imperial pereciera bajo el ataque de los bárbaros.

Así como al norte y sur vivían pueblos con culturas de barbarie, por el este se extendía un rosario de civilizaciones hasta la lejana China,

también rodeadas de pueblos más atrasados y amenazantes. Todas ellas tenían carácter continental, en contraste con las desarrolladas en torno al Mediterráneo. Para los latinos, la civilización más conocida era el Imperio parto, formado no mucho tiempo atrás en Persia, enemiga tradicional de Grecia y luego de Roma. Más al este, la mitad norte de India constituía un territorio muy civilizado de antiguo, del que poco se sabía en el oeste, aunque los griegos de Alejandro Magno habían llegado hasta él. En cuanto a la potente civilización china, el desconocimiento en Roma sería casi total hasta cuatro siglos después, bajo el emperador Marco Aurelio. Y América y el Pacífico solo serían conocidos en Europa casi dieciocho siglos después. Para quienes vivían en torno al Mediterráneo, este constituía el centro del mundo, y del resto tenían noticias poco claras.

El Mediterráneo forma dos grandes cuencas (tres, con el mar Negro) separadas por la Península Itálica y Sicilia, que cortan el mar hasta cerca de Túnez. Las dos cuencas son físicamente distintas entre sí, y en el siglo III a. C. lo eran todavía más culturalmente (hoy, la diferencia esencial se da entre el norte y el sur). La cuenca oriental, entre Europa, Asia y África, y semicerrada por la península de Asia Menor o Anatolia, abundaba en ciudades y comercio, y allí habían crecido y muerto grandes civilizaciones, entre ellas la egipcia. Por el tiempo de la II Guerra Púnica predominaba, con mucho, la cultura helenística, heredera de la Grecia clásica y de las conquistas de Alejandro.

La cuenca del oeste, entre Europa y África y casi cerrada por la Península Ibérica, estaba mucho menos urbanizada y no había crecido en ella ninguna civilización comparable a las de la cuenca oriental. De hecho, los enclaves más civilizados eran las pequeñas fundaciones coloniales griegas y fenicias, procedentes de la cuenca oriental, en menor medida los etruscos y latinos. En el extremo oeste, cerca del Estrecho de Gibraltar, los fenicios fundaron Cádiz, la ciudad más antigua de todas las riberas atlánticas; y en la divisoria entre las dos cuencas mediterráneas, en la costa de la actual Túnez, crearon Cartago, una ciudad que iba a adquirir extraordinaria pujanza hasta terminar trágicamente. Por su parte, los griegos colonizaron especialmente Sicilia y el sur de Italia, y fundaron enclaves por la costa mediterránea de la actual Francia y el levante español.

Exceptuando algunas ciudades griegas, ricas pero decadentes, solo había por entonces en la cuenca occidental dos ciudades-estado destacadas y en auge, Cartago y Roma. Durante largo tiempo, Cartago había disfrutado de la hegemonía naval y extendido su poder por el norte de África, gran parte de Iberia y de las grandes islas Sicilia, Cerdeña, Córcega y Baleares, desplazando la presencia política y comercial griega y etrusca. El Mediterráneo occidental parecía destinado a convertirse en un mar púnico. Pero Roma emergía en el siglo III a. C. como potencia rival, y la colisión se hizo inevitable.

Un primer conflicto se produjo hacia el año 264, por la hegemonía en Sicilia. Durante veintitrés años se sucedieron campañas, treguas y alternativas de victorias y derrotas, con final triunfo romano: fue la primera de las tres guerras llamadas púnicas (de poeni o fenicios) por los romanos. Cartago perdió el control de la riquísima Sicilia, debió soportar que sus enemigos ocupasen Córcega y Cerdeña violando el acuerdo de paz, y estuvo cerca de perecer cuando se sublevaron sus tropas mercenarias, arrastrando a diversos pueblos sometidos contra la metrópoli. Pese a tan duros golpes, la ciudad demostró suficiente energía para rehacerse económica y militarmente, compensando sus pérdidas con nuevas conquistas y zonas de influencia por Numidia, Mauritania y la Península Ibérica. En 219, el poderío cartaginés se había afianzado de nuevo y controlaba, por ejemplo, casi dos tercios de Iberia, fuente de oro y plata y otros recursos mineros y agrícolas, y de recluta de tropas. Allí fundaron los púnicos una fuerte base militar y urbana, origen de la actual Cartagena, con vistas a proyectos más ambiciosos.

Entonces el general Aníbal decidió reemprender la guerra atacando a Sagunto, próspera ciudad comercial grecoibérica aliada de Roma, pero dentro de la esfera de influencia cartaginesa según el tratado de paz de la guerra anterior. Ello daría lugar a recriminaciones por ambas partes sobre quién había violado la paz y los juramentos a los dioses. Sagunto desgastó a los cartagineses con una resistencia épica (que costó un ojo a Aníbal) hasta quedar reducida a cenizas, y los romanos perdieron prestigio entre los íberos por no haber socorrido a su aliada. A continuación, Aníbal avanzó por tierra con un ejército de 100.000 hombres, cruzó los

Pirineos y el sur de las Galias, y en lugar de elegir el camino más fácil optó por eludir al ejército romano que le salía al paso y realizar su célebre y penosísima marcha a través de los Alpes. De aquella marcha, una decisión estratégicamente absurda, salió con sus tropas exhaustas y reducidas a la mitad, según se dice. El error fue compensado, no obstante, al atraerse a algunos enemigos de Roma y con una sucesión de victorias coronadas con la de Cannas en agosto de 216, donde aniquiló, con 50.000 soldados precariamente avituallados, a un gran ejército casi doble del suyo, reclutado con ímprobo esfuerzo por Roma. Aníbal pudo explotar su triunfo, uno de los más brillantes de la historia, marchando enseguida sobre la ciudad enemiga. La distancia, unos 350 kilómetros, exigiría de diez a quince días de marcha, y, como advirtió a Aníbal uno de sus lugartenientes, podrían sorprender a Roma antes de que les llegase la noticia de Cannas. La ciudad disponía de sólidos muros, pero no de tropas para defenderlos y, cuando se conoció la derrota, la confusión y el pánico se adueñaron de la gente. La guerra pudo haber finalizado entonces con la destrucción de la ciudad o su reducción a la impotencia. En aquellos pocos días, la historia pudo haber tomado rumbos muy distintos de los que hoy conocemos.

Pero en aquel momento culminante Aníbal prefirió dar descanso a sus fatigadas tropas, en lugar de imponerles un esfuerzo último para aplastar a la ciudad enemiga. Los propios romanos se asombraron de su flaqueza, y el Senado supo adoptar medidas drásticas para elevar la disciplina y la moral, reclutar nuevas tropas y mantener la alianza con otras ciudades del Lacio. Ciertamente Roma no quedaba en condiciones de batir a Aníbal, pero este tampoco pudo ya asaltar a Roma, y la guerra se estancó en prolongadas acciones y maniobras no decisivas.

Fue un joven militar romano, Publio Cornelio Escipión, quien rompió el empate desembarcando en Hispania, donde los romanos habían sido también derrotados, para destruir allí las bases de abastecimiento y reclutamiento de Aníbal. En 209 expugnó Cartagena y venció a los púnicos en unas pocas campañas magistrales, eliminándolos de Hispania en 206. Al año siguiente Escipión fue elegido cónsul y decidió llevar la guerra al mismo territorio de Cartago, una resolución muy arriesgada. Ante la ofensiva romana, Aníbal no tuvo más remedio que abandonar

Italia y acudir a salvar su ciudad. Y cerca de ella fue derrotado por Escipión en la batalla de Zama.

La guerra había terminado diecisiete años después de comenzada. Habían contendido un ejército cartaginés compuesto básicamente de mercenarios contra uno de ciudadanos romanos; y una potencia de vocación marítima contra otra más bien terrestre (aunque después de la I Guerra Púnica Roma había conseguido el dominio del mar). Como conductor militar, Aníbal estaba por encima de los generales romanos, exceptuando a Escipión, que le superó. Como observa Polibio, «A sus veintisiete años Escipión se entregó a empresas que la gente creía deses- peradas (...) y, dedicado a ellas, dejó de lado los planes vulgares que le podían venir a la mente a cualquiera y se propuso hacer lo que ni amigos ni enemigos podían sospechar. Y todo con los cálculos más precisos». Escipión gozó también de una ventaja política: durante la guerra contó con el respaldo firme de su patria, mientras que Aníbal hubo de soportar las intrigas y envidias de sus enemigos en el gobierno púnico, que estorbaban sus suministros y decisiones.

También quedó clara la superioridad de la organización militar romana: sus legiones, unidades bien cohesionadas y adaptables, con un número variable de infantes (en torno a 6.000, con grupos de caballería), iban a pasear las águilas romanas por todo el mundo en torno al Mediterráneo y bastante al norte de él. Sin duda la organización legionaria, reformada según dictase la experiencia, iba a ser, junto con unos jefes militares competentes, la clave principal de la prodigiosa y duradera expansión romana: pasarían seis siglos y medio después de la guerra de Aníbal hasta la caída del Imperio Romano de Occidente. La legión expresaría asimismo el espíritu ajeno a sentimentalismos, pragmático y crudamente realista, característico de su civilización.

Aquella contienda, escribió el historiador Tito Livio, «tuvo tantas alternativas y su final fue tan incierto que corrieron mayor peligro los que vencieron». El número de ciudadanos romanos se redujo de 270.000 a la mitad, en parte muertos en combate, en parte por la pérdida de aliados como Capua. La población masculina adulta se recuperó pronto, para estancarse durante largo tiempo en torno a los 220.000. Fue, en suma, «la guerra más memorable de cuantas se llevaron jamás a cabo».

No exageraba, aunque le fuera imposible predecir su trascendencia para la historia posterior.

El área de expansión y hegemonía de interés para Roma se limitaba en principio al Mediterráneo occidental, donde ocupó las posesiones cartaginesas, el sureste de las Galias y se impuso a las ciudades griegas del sur de Italia y Sicilia. La conquista de Hispania se demostraría especialmente ardua. Los lusitanos, al mando de Viriato, un líder extraordinariamente hábil, vencieron a los romanos entre 147 y 139, y la ciudad celtibera de Numancia resistió diez años antes de caer, en 133, tras haber infligido humillantes derrotas a las legiones. Poco antes Cartago había sido arrasada hasta los cimientos: pese a haber sido sometida a duras condiciones, la ciudad estaba recobrando su prosperidad. Por ello, el Senado impulsó una III Guerra Púnica (149-146) para destruirla por completo, de modo que nunca volviera a rivalizar con Roma; y así quedó afianzado el dominio romano sobre aquella mitad del Mediterráneo.

No parece que Roma tuviera por entonces ambiciones sobre el Mediterráneo oriental, pero este sufría permanente inestabilidad, plagada de querellas entre los estados helenísticos y ligas de ciudades griegas. Alguno de esos estados, como Macedonia, suponía un peligro potencial para Roma, mientras que otros acudían a esta en busca de apoyo o protección. El resultado fue una sucesión de campañas simultáneamente con las guerras en Hispania y la de Cartago, al final de las cuales, hacia 133, Roma se había hecho con el dominio o el control de aquella parte del Mediterráneo. En 216 había estado al borde del abismo tras la batalla de Cannas, y en ochenta años, mediante una sucesión de guerras al este y al oeste, se había convertido en la potencia absolutamente hegemónica o dominante en ambos Mediterráneos. Luego se expandiría en todas las direcciones desde Hispania a Mesopotamia, desde la frontera de Escocia hasta el Atlas y Egipto y penetrando en la Germania. Nunca más se repetiría el dominio de las dos orillas del Mediterráneo por una sola potencia o civilización.

Si Aníbal hubiera vencido, y muy cerca estuvo, quizá Cartago no habría emulado el impulso romano hacia el este, pero sin duda habría impuesto su civilización oriental-africana en el Mediterráneo occidental. El Imperio romano no habría llegado a nacer y el destino cultural y

político de Europa habría sido distinto. Ciertamente, aquella magna contienda no es una más en la historia, tiene verdadero carácter fundacional: con ella nació la civilización europea, y nació como civilización mediterránea.

* * *

Los romanos entendían que sus prodigiosas victorias no se explicaban solo por factores racionales, tales como el genio de Escipión o la organización legionaria o la capacidad económica. Después de todo, los mejores planes fracasan a veces, otras una intuición momentánea lleva al triunfo, y los cambios de fortuna escapan a los cálculos de la razón. Desde siempre los hombres han intuido la intervención de fuerzas misteriosas por encima del cálculo racional, fuerzas divinas; y para los romanos la causa última de sus éxitos radicaba en la protección de los dioses tutelares de la ciudad, a quienes oraban y sacrificaban y cuyos mandatos morales procuraban seguir. Expone Polibio:

La mayor diferencia positiva de la constitución romana es, a mi juicio, la convicción religiosa. Pues me parece que la religión ha sostenido a Roma a pesar de ser objeto de burla por los demás pueblos. Entre los romanos la religión está presente con tal dramatismo en la vida privada y en la pública, que no es posible estarlo más. Esto sorprenderá a muchos, pero creo que lo han hecho pensando en la gente común. Si fuera posible formar una ciudad solo con personas inteligentes, (la religión) no sería precisa. Pero la masa es cambiante y llena de pasiones injustas, de furias irracionales y de rabias violentas. El único remedio es contenerla con el miedo a lo desconocido y ficciones de ese género. Así, a mi juicio, los antiguos no inculcaron por azar en la multitud las imaginaciones de los dioses y las narraciones del Hades.

Por ello, Polibio tachaba de temerarios a quienes creían posible o conveniente suprimir la religión, despreciada por la gente instruida como un rosario de ficciones absurdas, pero apreciada como instrumento útil para asustar al pueblo y mantenerlo en calma.

Polibio ensalza otra conducta ligada a la religiosidad: la honradez de los cargos públicos. El soborno estaba penado con la muerte, mientras que en Cartago era público y aceptado, y las ciudades griegas se habían hecho famosas por la corrupción de sus magistrados: al respecto, los latinos acuñaron la expresión *graeca fides, nulla fides*.

Como ocurría en otras culturas, la religión estaba ligada íntimamente al Estado, a la protección de la ciudad; y todas las acciones, políticas, guerreras, etc., debían contar con el beneplácito divino, obtenido a través de ritos presididos por los sacerdotes. Los cónsules ejercían también funciones religiosas, y los éxitos políticos y guerreros, que no excluían una minuciosa racionalidad, se atribuían en definitiva a la protección divina. La politeísta religión latina estaba dispuesta a integrar a los dioses y ritos de otros pueblos conquistados, siempre que no contrariasen al interés del Estado.

Con todo, la abundancia de divinidades mayores, menores, públicas y domésticas no excluía una jerarquía, la «tríada capitolina», con Júpiter, el dios máximo y protector; Juno, su esposa-hermana, defensora del hogar y el matrimonio; y Minerva, diosa de la sabiduría y de la guerra. Según el investigador francés G. Dumézil, la tríada superior caracterizaba a las religiones indoeuropeas, apreciable en la griega (Zeus, Poseidón y Hades), en la celta, la hindú o la germánica. Algunos autores han querido ver ahí un precedente de la Trinidad cristiana. La tríada se relacionaría también con la división del orden social en tres ámbitos: el del sacerdocio, el del guerrero y el de los productores (campesinos, comerciantes, artesanos). División rígida en el sistema de castas hindú, pero perceptible asimismo en las demás culturas del mismo origen, incluso en la civilización europea hasta la Revolución Francesa. Sin embargo, divisiones semejantes existen en culturas no indoeuropeas.

En estas religiones los dioses son inmortales, pero no eternos, pues tienen un principio a partir de fuerzas más oscuras e indefinibles, como el amor, la guerra, «el cielo y la tierra», surgidas sucesivamente del Caos, de algo así como una situación confusa e indiferenciada previa al mundo ordenado. No eran, por tanto, los creadores del mundo, sino más bien los fundadores y mantenedores de su orden, así como del orden social.

Por lo que respecta a los humanos, eran religiones melancólicas. La humanidad habría decaído desde una Edad de Oro, en que los hombres, semejantes a los dioses, vivían en armonía con la naturaleza, sin fatigas ni sufrimientos, y morían plácidamente, como durmiendo. Le habría sucedido una Edad de Plata y de Bronce caracterizadas por gentes cada vez más degradadas y violentas, obligadas a trabajar la tierra y ganadas por la *hybris* (desmesura, orgullo), dadas a despreciar a los dioses. Finalmente la Edad de Hierro, la de los humanos de la época, estaría plagada por la codicia, la violencia, la mentira y la deslealtad. Hay, pues, una evolución descendente del ser humano, caracterizada por una creciente *hybris* e impiedad con sus consecuencias nefastas. Otros mitos exponen la creación del hombre por un titán hijo de la tierra, Prometeo, que regala a sus criaturas el fuego (la técnica) y les enseña a despreciar a los dioses, los cuales le encadenan a una roca, símbolo de las apetencias meramente materiales, mientras le roe el hígado un águila, símbolo del castigo por la traición al espíritu.*

Si el destino de las personas en vida resultaba expuesto a muchos males, tampoco era brillante el que le esperaba en el más allá, cuando sus almas bajaran al Hades o Averno, donde recibirían premio o castigo, en regiones del Hades como los Campos Elíseos para los buenos y el Tártaro para los malvados. Pero la expectativa no dejaba de ser lóbrega. En la *Odisea*, Aquiles afirma preferir ser un siervo en casa de un pobre entre los vivos a reinar entre los muertos. El emperador Adriano recoge el tema en su poema *Animula vagula blandula*, «huésped y compañera del cuerpo, que irás a lugares lívidos, helados, desnudos». La religión grecorromana exigía de los hombres una conducta justa pero poco esperanzada aunque tratasen de acomodarla a los mandatos divinos, percibidos de modo contradictorio. Y prometía una vida de sombras en el más allá. Pese a sufrir una penosa Edad de Hierro, o por ello mismo, el hombre debía suplicar siempre el auxilio de los dioses, garantes en definitiva del orden y felicidad posibles.

Polibio revela un declive del politeísmo, al menos entre la gente intelectualizada del helenismo. La fe en los dioses había sido socavada

* Según la interpretación de Paul Diel en *El simbolismo en la mitología griega*.

por la poca esperanza propiciada y por el racionalismo. Hasta la II Guerra Púnica, la religiosidad romana chocaba a los ojos escépticos de los filósofos y personas cultivadas de Grecia. Pero a partir de entonces muchos rasgos iban a cambiar en la propia Roma, entre ellas la actitud religiosa.

* * *

Políticamente, y contando con la imprecisión de las informaciones sobre Cartago, esta y Roma se asemejaban: dos ciudades-estado expansivas, de vocación imperial; habían sido fundadas casi simultáneamente hacia el siglo VIII a. C.; Cartago por una legendaria reina Dido, y Roma por unos no menos legendarios Rómulo y Remo; aunque las leyendas suelen tener un fondo de realidad (investigaciones recientes retrasan al siglo VIII la fundación de Roma, antes atribuida al VII). Con el tiempo, los confusos recuerdos de aquellos orígenes y la conveniencia de dotarse de prestigio histórico, hicieron que Roma retrotrajese su nacimiento al héroe troyano Eneas, uno de los pocos que habían logrado huir de la ciudad en llamas. Luego, Eneas había arribado a Cartago y enamorado a la reina Dido, a la que había abandonado debido a la orden de los dioses de fundar un gran pueblo en el Lacio, y Dido se había suicidado. Es el tema de la *Eneida* de Virgilio, epopeya algo rebuscada y sin la menor base histórica, pues la guerra de Troya precedió en unos cuatro siglos a la fundación de Cartago. Con tal leyenda se quería resaltar el lado trágico de la relación entre ambos pueblos rivales. En cuanto a Roma, durante sus primeros siglos había ido fortaleciéndose en lucha contra sus vecinos etruscos, samnitas, volscos y celtas, hasta predominar en la región del Lacio y zonas próximas. Cartago había sustituido a sus fundadores fenicios, extendiéndose por Hispania, Sicilia y las grandes islas de la zona en empresas comerciales y de conquista.

Las dos ciudades habían evolucionado de modo similar. Habían abandonado tiempo atrás la monarquía e instaurado repúblicas muy oligárquicas. Para evitar el despotismo, el poder ejecutivo máximo lo ejercían simultáneamente dos personas (cónsules en Roma, sufetas en Cartago) y solo durante un año. La decisión y la autoridad estables las

mantenía una institución que agrupaba a las familias más poderosas, el Senado en Roma y un Consejo de ciento cuatro miembros en Cartago; en ambas existía también una asamblea de composición más popular con ciertos poderes.

La ciudadanía romana se componía de una capa superior, los *patri-cios*, aristocracia latifundista de lejana estirpe, y los *plebeyos*, estratificados a su vez en potentados o *nobles*, de estatus similar al de los patricios; *caballeros*, de fortuna intermedia obtenida del campo o del comercio u otras profesiones; pequeños campesinos con sus tierras que les permitían sostenerse; y una masa considerable de *clientes*, personas con escasos recursos y dependientes económicamente de los patricios o los nobles. Quizá la estratificación social en Cartago no difería demasiado, salvo porque su aristocracia derivaba más directamente del comercio y el dinero, y los pobres serían más, y menos afectos al poder: de ahí su necesidad de recurrir a tropas mercenarias.

En un plano cultural amplio, las diferencias aumentaban. Roma, próxima al mar, pero interior, de lengua indoeuropea, economía predominantemente agraria y, al principio, de escasa aptitud marinera. Cartago, en la esquina noreste del Magreb, actual Túnez, ciudad marítima con un gran puerto y economía comercial y lengua semítica, fundada por la fenicia Tiro. Las religiones también diferían, de origen indoeuropeo una, semítico la otra; los cartagineses mantenían los sacrificios humanos, abandonados por los romanos (aunque tras la derrota de Cannas el pánico les llevó a realizar algunos).

Roma y Cartago se hallaban en el mismo entorno mediterráneo, aunque hay marcada diferencia física entre la orilla norte, europea, y la sur, africana. La primera es mucho más recortada, con tres grandes penínsulas y abundantes islas, sobre todo en la cuenca oriental, en contraste con la parte africana, casi rectilínea, sin penínsulas ni apenas islas. También varía el clima, seco y en gran parte desértico en África, más templado y húmedo en el lado opuesto. No obstante, estas diferencias no señalarían una barrera cultural drástica hasta muchos siglos después, con las invasiones islámicas, persistente hasta hoy. Por el contrario, durante muy largo tiempo el mar sirvió de confluencia de civilizaciones, mientras que la mayor parte del continente europeo vivía

en la barbarie. Egipto influyó en un área bastante amplia en la cuenca oriental, dominando en algunas épocas gran parte del inmediato litoral asiático. Desde ese litoral, Fenicia fundó ciudades y factorías por el Magreb e Iberia. La cultura griega abarcó tanto la costa europea como la asiática y finalmente Egipto, aparte de penetrar profundamente en Asia; y la ciudad culturalmente más importante del mundo helenístico sería la africana Alejandría. También en la cuenca occidental, donde contendieron Cartago y Roma, tenía gran peso el helenismo. El Mediterráneo fue por tanto, durante milenios, un foco y escenario de influencias y choques de culturas que solo forzando las cosas cabría distinguir como europeas, africanas o asiáticas. Con el triunfo de Roma aquel gran escenario se unificó políticamente y la interrelación cultural se intensificó.

El nuevo poder, que en tan poco tiempo había dominado ambas orillas, despertó pasmo y temor generales. El historiador griego Polibio, que admiraba a Roma, describió su régimen como una combinación armoniosa de democracia, aristocracia y monarquía:

Las tres clases de gobierno dominaban la Constitución y las tres se ordenaban, administraban y repartían tan equitativamente, con tal acierto, que nadie, ni los nativos, habrían podido decir con certeza si el régimen era del todo aristocrático, democrático o monárquico. Pues atendiendo a la potestad consular se asemejaba a una constitución plenamente monárquica, atendiendo a la del Senado, aristocrática, y considerando la del pueblo, creeríamos hallarnos del todo en una democracia.

La política romana después de la monarquía procuraba evitar la tiranía, equilibrando y limitando los poderes: los dos cónsules tenían poder ejecutivo (*potestas*) pero limitado a un año, sin poder repetir inmediatamente, podían vetarse decisiones mutuamente y ser encausados si transgredían la ley. Para casos de seria amenaza externa o interna se admitía una dictadura limitada a medio año. El poder estable, con fuerte autoridad (*auctoritas*) lo ejercía un Senado compuesto de ciudadanos ricos (patricios) que dirigía la política exterior, administraba el erario, ratificaba los acuerdos políticos y aconsejaba forzosamente a los demás

magistrados. Existía además una asamblea popular con ciertos poderes legislativos que defendía a la plebe frente a los eventuales atropellos del patriciado. Esta aversión al despotismo y la búsqueda de medios institucionales de evitarlo iba a constituir también un rasgo profundo del pensamiento político europeo.

Por otra parte, cabe sostener que todo régimen estable combina las tres formas: el poder es siempre ejercido por una pequeña oligarquía encabezada por una persona, un monarca con ese u otro nombre, y apoyado por el consentimiento implícito o explícito y lo bastante amplio de los gobernados, es decir, por un grado variable de democracia.

Siguiendo una tradición de pensamiento político griego, Polibio estimaba que el poder, en general, seguía ciclos determinados por los abusos y la degradación de cada forma principal: monarquía, aristocracia y democracia. Cada una de estas tendía a degenerar, provocar mil abusos y dar lugar a reacciones. Por ejemplo, la degradación de la democracia en demagogia u olocracia, provocaba por reacción una vuelta a la monarquía. Esta, a su vez, terminaba degenerando en tiranía que daba lugar al golpe de los aristócratas, luego decaídos en oligarcas hasta que la revuelta popular imponía la democracia, y así sucesivamente. Por eso parecía preferible, por más estable, un sistema que combinase armónicamente las tres formas. Pero lo cierto es que el conjunto de instituciones romanas, con sus equilibrios, iría cambiando y volviendo la ciudad más ingobernable, y una causa de aquellos cambios sería precisamente el impresionante éxito militar a partir de la II Guerra Púnica.

De todas formas, el poder romano en el Mediterráneo iba a durar unos seis siglos y medio, no precisamente tranquilos, después de la guerra de Aníbal, y traería consigo cruciales cambios culturales y políticos.